

Emoción, institución y cambio de administraciones¹

Emotion, Institution and Change of Administration

Recepción: 31/06/2022, revisión: 31/08/2022,
aceptación: 03/09/2022, publicación: 01/2023

<https://revistas.uasb.edu.ec/index.php/uru>



Nieves Lagares Diez

Universidad de Santiago de Compostela, Santiago de Compostela, España

mnieves.lagares@usc.es

<https://doi.org/10.32719/26312514.2023.7.5>

Resumen

A partir de un breve panorama diacrónico sobre la evolución de la ciencia política y su relación con la ciudadanía, se establecen los rituales sociales que dan forma a las acciones políticas existentes en nuestra actualidad, entre ellas las elecciones y las transiciones en la administración. En este caso concreto se analizan el proceso de cambio de administración de Bolivia en 2019 y las elecciones estadounidenses de 2020, con la finalidad de ejemplificar cómo la comunicación política es emocional tanto en la elección como en la construcción de la imagen institucional de la nueva administración.

Abstract

From a brief diachronic overview of the evolution of political science and its relationship with citizenship, the social rituals that shape the political actions that exist today are established, including elections and administration transitions. In the specific case, the process of change of administration in Bolivia in 2019 and the US elections of 2020 are analyzed, in order to exemplify how political communication is emotional both in the election and in the construction of the institutional image of the new administration.

Palabras clave · Keywords

Comunicación política, política emocional, gobernanza, ciencia política
Political communication, emotional politics, governance, political science

¹ Este capítulo es una transcripción adaptada de la conferencia impartida el 24 de julio de 2021 en el II Seminario Internacional "Comunicación política: Transición en medio de crisis", organizado por la Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador, y el Colegio de América, Sede Quito. El lenguaje utilizado es deudor del formato original del texto.

En cada momento de nuestra historia, especialmente tras la entrada del siglo XX, el saber, en cualquiera de los formatos en que lo hemos conocido hasta ahora —la religión, la filosofía, la ciencia, la tecnología...— ha tratado de explicar la sociedad de su tiempo.

Desde los fenómenos más simples hasta los más complejos, la producción del saber ha sido una producción acumulativa, superpuesta al conocimiento anteriormente incorporado, que siempre se nos ha mostrado como un mundo predado: un conocimiento que ya estaba ahí cuando nosotros llegamos al mundo, que asumimos de manera apriorística y que solo discutimos si el nuevo saber lo pone en cuestión.

Dentro de la ciencia política, la discusión alcanza al problema de sus orígenes. Unos pueden señalar el comienzo de la ciencia política en la Grecia de Aristóteles; otros, a finales del siglo XIX y principios del XX; y otros, finalmente, colocar su comienzo en los años 60 del siglo pasado, con la incorporación del behaviorismo a la disciplina. Todos tienen razones suficientes, depende de que pongamos el acento en el estudio de la política, en la incorporación del método científico o en la focalización de los comportamientos y la inclusión de técnicas en el análisis.

— 86 — En cada momento de la historia, el estudio de la política ha servido para alumbrar la sociedad en la que se desarrolló, ya fuera desde una visión normativa, descriptiva o explicativa, y en función de estas visiones adquirió un formato diferente en cada caso. El objetivo que nos ocupa en estas páginas es explicar algunos factores detrás de los cambios en las administraciones de gobierno, que han hecho que en nuestro tiempo asistamos a algunas anomalías respecto de tiempos precedentes.

Para ello, es necesario abordar, en primer lugar, la evolución de la propia ciencia política, así como el cambio de las sociedades en la actualidad. Luego, deberemos analizar cómo las emociones se han incorporado tanto a ese cambio social como a la propia evolución del estudio de la política, porque creo que ahí se encuentra la razón de lo que está pasando.

Partimos de la idea de que, en cada tiempo, nuestras sociedades han sido leídas desde los distintos saberes, con una focalización diferenciada, pero siempre con la vocación de aportar conocimiento al momento histórico, y por lo tanto de dar razón de ese momento, de esa sociedad.

Para todos aquellos a los que nos interesan la comunicación política y el *marketing* político, resulta verdaderamente fascinante comprobar el detalle con que Quinto Tulio Cicerón escribió el *Commentariolum petitionis* —el primer *Winning elections* de la historia—, contenido en una carta a su hermano Marco Tulio Cicerón, candidato a cónsul, la más alta magistratura de la República Romana, para explicarle qué debía hacer para salir elegido en las elecciones del año 64 a. C. En este pequeño tratado se nos muestra cómo la mayoría de los elementos de estrategia, segmentación y opinión pública —que hace poco nos asombraban, cuando los trataba Cambridge Analytica mediante modelos de minería de datos— ya se encontraban en la cabeza de Quinto Tulio hace más de 2000 años, y fueron utilizados, creando *targets*, en su caso por centurias, para que Marco Tulio ganara las elecciones en julio del 64 a. C.

Lo cierto es que, ya fuera Quinto Tulio para guiar a su hermano, San Agustín en *La ciudad de Dios* o Maquiavelo en su *Príncipe*, el conocimiento ha tratado de dar respuesta a las necesidades de cada época. Y por eso los cambios sociales se han reflejado siempre en los cambios del conocimiento: no solo en el contenido de este, sino también en la forma de acceder a él y de presentarlo a la sociedad para la que se produce.

El siglo XX fue el siglo de la gran transformación del conocimiento, aquel en que cambió el contenido y la forma del conocer, pero además el propio valor de certeza del conocimiento. Con este cambio en el valor de certeza, el conocimiento pasó de ser estático a ser dinámico, como la propia sociedad.

En la famosa novela de Umberto Eco *El nombre de la rosa*, el nudo gordiano de aquella enrevesada y trepidante trama que tenía que desenredar Guillermo de Baskerville para esclarecer los asesinatos cometidos en la abadía benedictina se centraba en el valor del conocimiento, en el sometimiento de las ansias humanas por conocer frente al estatismo del conocimiento absoluto. Jorge de Burgos, el viejo fraile ciego de la abadía, era capaz de matar con el objeto de impedir el acceso a los libros prohibidos de la biblioteca. Porque el conocimiento no se podía cambiar. Porque si se descubriera que, en el *Libro de la risa* —supuestamente contenido en el perdido segundo libro de la *Poética* de Aristóteles—, el filósofo griego cantaba los efectos benéficos de la risa, el orden normativo de la cristiandad se vería alterado.

El dogma es la fosilización del conocimiento, el reconocimiento de su valor axiomático y su inmutabilidad. La mayor parte de la historia de la humanidad se ha asentado sobre dogmas, y no solo en la civilización cristiana. En todas las culturas, el avance del conocimiento ha sido siempre una rebelión contra los dogmas.

En *El nombre de la rosa*, Eco nos propone el triunfo del contenido del conocimiento humano frente al conocimiento absoluto, de la forma de conocimiento franciscano (indagar) frente al benedictino (aceptar); en definitiva, el triunfo de la razón y del afán humano por la razón.

El triunfo de la razón no ha sido fácil; ha tenido que vencer demasiados siglos, demasiados obstáculos para asentar las nuevas formas y contenidos del conocer, hasta llegar al conocimiento científico. Quizá por eso, cuando la razón se ha instalado en el método científico se ha vuelto tan fuerte, tan exclusiva y, definitivamente, tan excluyente.

Probablemente el triunfo de la razón haya sido el mayor triunfo del ser humano, pero también, en su desarrollo, en su intento prolongado de desvincularse de lo no racional, ha traído enormes problemas a nuestra sociedad y a nuestra forma de conocer.

La política y la ciencia política no se han quedado al margen de este triunfo de la razón, de este sometimiento a ella. A medida que la razón ganaba espacio, la política buscaba una mayor aproximación a lo racional y a lo racionalizado. Desde la filosofía política, aún hoy, se predica la superioridad de la razón sobre la emoción, bajo la premisa de que los afectos se corresponden con actitudes de una naturaleza inferior a la de las ideas y con

comportamientos no responsables. Con un planteamiento más rígido, la epistemología dominada por el paradigma de la elección racional (*rational choice*) explica todo el comportamiento político a través de la utilización de la lógica coste-beneficio, a partir de la cual el individuo se convierte en un ser omnisciente, maximizador de preferencias (Arias 2016). Como señalaba Ramón Maiz (2010), la hazaña de la razón no es otra que la exclusión fundacional de las emociones. Y la asunción (no siempre expresa) de esa dicotomía, razón y emoción, tendrá consecuencias sustantivas en la reflexión normativa de la democracia.

No es una casualidad que el racionalismo y la democracia crezcan del mismo árbol. La democracia es la forma política de la razón frente a lo absoluto, como ocurría con el conocimiento. Y si la democracia es el triunfo de la razón, las políticas democráticas deben ser la expresión de la razón sobre los impulsos, sobre los afectos, sobre lo no racional de la política.

El método científico es la formalización de la democratización de la razón. Cualquiera puede construir la ciencia si lo hace siguiendo un método, y en este sentido es la liturgia de la razón para producir el conocimiento. La razón crea liturgias que formalizan nuestra vida, nuestro acceso al conocimiento, la misma política; nuestros comportamientos se amoldan en estas formalizaciones que la razón sintetiza en símbolos y costumbres.

Ya nadie sabe por qué nos damos la mano para saludarnos, es una liturgia; pero de un golpe la pandemia hace que dejemos de hacerlo y choquemos los codos. Con la pandemia nos dimos cuenta de que nuestro modo de saludarnos, de besarnos, era una fuente de contagios, no solo para el coronavirus. Muchos estamos deseando volver a besarnos, otros preferiríamos seguir dándonos los codos; lo decidirá una lucha de la razón frente a la razón institucionalizada en una liturgia. Y ganará la liturgia del saludo institucionalizado: ganarán los besos, los abrazos y las manos, porque nuestros codos sobreviven solo en las condiciones de provisionalidad racional de la pandemia.

Un funeral es la expresión de las liturgias de la razón para dar cabida a lo no racional, a aquello que nuestra razón no puede abarcar, la muerte.

En muchos pueblos de Galicia, se contrataban mujeres para que lloraran al muerto. Se las llamaba “plañideras”, y su misión en el funeral era llorar y resaltar las virtudes del difunto. Y esto ocurría hace muy poco tiempo. Incluso ahora, en España, como en tantos lugares, tenemos frases preconstruidas para expresar nuestro pesar ante la muerte. Decimos “Te acompaño en el sentimiento”; nadie sabe por qué esa frase y no otra es la institucionalizada para decir a un familiar en un funeral o un entierro.

El lenguaje es la máxima expresión de la formalización de estas liturgias, a través de las cuales la razón domina lo no racional, las emociones, los sentimientos, los afectos. Toda liturgia necesita de símbolos con los que remitir a un orden distinto de sí mismos, pero del que los símbolos participan en cuanto se refieren a objetos construidos en el marco de la liturgia. El símbolo es, por tanto, algo intencional que da sentido a las situaciones. El orden simbólico presupone y es presupuesto por la intersubjetividad; así, el símbolo

no se limita a comunicar, sino que su función es también la de movilizar, la de llevar a la acción. El símbolo se despliega en un discurso y su vocación es ser asumido en un discurso comunitario. Por tanto, posee además otras dos funciones: la de construir significado y la de integrar a la comunidad.

Lo mismo ocurre en la política. Hemos creado numerosas liturgias que formalizan la razón, que formalizan la autoridad, las formas de elegir, incluso las normas que nos damos. La política ha construido liturgias de la razón, primero para autoconvencerse de su propia racionalidad y, en segundo lugar, para limitar el alcance de lo no racional, de las emociones, de los sentimientos. Pero no debemos olvidar que, dentro de esas liturgias, los símbolos están enraizados en los afectos, en su referencia a los objetos; estos son aprehendidos afectivamente, y pueden movilizar emociones de gran intensidad. Esto nos ayudará a entender las dos situaciones que analizaremos más adelante.

La ciencia política, como espacio científico de estudio de la política, se ordenó precisamente como ese análisis racional de la racionalidad política. Como análisis racional sofisticó el método hasta la *rational choice* y la técnica hasta matematizarla —la máxima expresión de la racionalidad científica—; como abordaje de la racionalidad política, renunció a analizar los componentes no racionales de la actividad y los comportamientos políticos.

No es que desconociera su existencia. Al contrario: el siglo XX estuvo cargado de nociones y conceptos que reconocían la presencia del componente no racional de los comportamientos, tales como “socialización política”, “cultura política”, “identificación partidista”, “desafección política”, o más recientemente “polarización afectiva” y otros tantos. Se trata de una larga serie de nociones fundamentales para el desarrollo de la ciencia política que reconocen y distinguen la existencia de un componente afectivo, pero que muestran una total incapacidad para su abordaje analítico.

Los elementos emocionales existen, están, y podemos notar su presencia a través de las actitudes y los comportamientos, como decían Almond y Verba (1989 [1963]). Sin embargo, somos incapaces de descomponerlos para analizarlos en profundidad.

La ciencia política ha tratado de explicar cada momento de nuestras sociedades creando conceptos que permitieran comprenderla. El problema es que nuestra sociedad cambia más rápido que nuestras nociones y conceptos, y casi siempre vamos por detrás en la explicación. La ciencia política no es una ciencia predictiva, sino una ciencia explicativa.

Y por eso el estudio de la política de los setenta primeros años del siglo XX se ha constituido como una ciencia de lo estático, de lo que no cambia. Explicamos la persistencia de los comportamientos: la socialización y la cultura política como reproducción y transmisión de comportamientos; la identificación partidista para explicar por qué los ciudadanos votan siempre al mismo partido; los clivajes políticos para revelar cómo las fracturas sociales determinan los comportamientos. Lo cierto es que hemos consumido casi tres cuartas partes del siglo XX explicando la consistencia y la coherencia de los comportamientos, por qué las sociedades no cambian, o lo hacen muy lentamente.

La cultura política cívica, que Almond y Verba (1989) describieron como la cultura política de nuestras sociedades democráticas, hace referencia a orientaciones cognitivas, afectivas y evaluativas, y es una mezcla de elementos culturales participativos, subdituales y parroquiales. Siempre quisimos ver la cultura cívica como una cultura plenamente democrática, de componentes fundamentalmente cognitivos, pero lo cierto es que Almond y Verba hicieron notar desde el primer día, a principios de los 60, que se trataba de una cultura política mixta que se nutría de orientaciones no solo cognitivas sino también afectivas y evaluativas. Quizá si hubiéramos puesto más atención a esto no nos sorprendería tanto la llegada de Trump, o el asalto al Capitolio, tan alimentado de estos componentes que habíamos dejado de analizar.

En relación con el análisis del voto, los estudios clásicos sobre el comportamiento electoral apuntan a tres enfoques teóricos: la Escuela de Columbia, la de Michigan y la de la elección racional. La Escuela de Columbia (Lazarsfeld, Berelson y Gaudet 1944) representa una perspectiva sociológica, al considerar los factores sociodemográficos —la edad, el nivel de estudios, el nivel socioeconómico, la religión, entre otros— como los elementos explicativos del comportamiento de voto. Con la Escuela de Michigan se introduce el enfoque psicosociológico (Campbell et al. 1960), que suma a las variables sociodemográficas la de identificación partidista, un componente de carácter psicológico que permanece en el tiempo, lo que permite explicar la estabilidad del comportamiento político de los electores y medir su grado de implicación política y su preferencia de voto.

El concepto de identificación partidista refiere a una orientación afectiva más o menos intensa del individuo hacia un partido político (en una explícita vinculación con la teoría del grupo referencial y los estudios de grupos secundarios). Este votante es poco proclive al cambio en su formulación original, aunque cada vez más apreciamos decisiones influidas por factores de coyuntura (liderazgo, *issues*, campaña...). Así, posteriormente, desde una visión revisionista, la identificación se concibe como algo maleable, en la medida en que existen factores de cambio que pueden afectar a su estabilidad, bien a través de la evaluación del gobierno (Fiorina 1981; Brody y Rothenberg 1988), bien a través de la valoración de los candidatos (Page y Jones 1979) o de la distancia que separa la posición de partidos y votantes ante determinados *issues* (Jackson 1975; Franklin y Jackson 1983).

Sin embargo, en Europa, el cuestionamiento que generaba el concepto de identificación partidista se explica, en cierta medida, por la influencia que otros trabajos centrados en los clivajes (*cleavages*) políticos ejercieron en este contexto de tradición más sociológica. Desde una perspectiva macro, a finales de los años 60, Lipset y Rokkan (1967) recurrieron al concepto de “clivajes” o “fracturas” para comprender cómo las grandes divisiones sociales (clase, religión...) pueden determinar el comportamiento político y la formación de los sistemas de partidos europeos. El concepto se ocupaba de analizar lo estático de la política, lo que permanece en el largo plazo, dando estabilidad a los comportamientos individuales y al funcionamiento de los sistemas políticos.

Pero de repente las sociedades empezaron a cambiar y, aún más, empezaron a cambiar rápido. Las transformaciones se aceleraban sin que tuviéramos herramientas para explicar el cambio social, tan solo alcanzábamos a describirlo.

Nuestras sociedades han cambiado más en los últimos cuarenta años que en los anteriores cuatrocientos, porque en los últimos cuarenta años nuestras sociedades admitieron la racionalidad del cambio. Cambiar de opinión, de pareja, de religión, de orientación sexual, de partido político ya no es tan grave. El cambio se ha incorporado a nuestras vidas y ya no estamos condenados a la coherencia eterna.

La ciencia política también tiene que explicar esto, y aparecen conceptos como “volatilidad” para aprehender el cambio de voto, “sofisticación electoral” para expresar cómo alguien puede votar cosas diferentes al mismo tiempo, “realineamientos” para definir los grandes movimientos electorales, etc. Utilizamos el indicador de volatilidad electoral, que mide de manera agregada los cambios individuales de voto, para analizar el dinamismo inherente a los procesos de movilización, resultado de factores diversos: la extensión del derecho a voto, la aparición de nuevos partidos y la institucionalización de los clivajes. Cuando el cambio electoral ocurre de forma continuada, lo explicamos a través de la intervención de otros factores, como la relajación de los clivajes, de cambios en las normas electorales, en la participación, en el sistema de partidos y en factores contextuales (Barolini y Mair 1990).

Posteriormente irán apareciendo nuevas interpretaciones sobre los cambios en el comportamiento político y en los perfiles de los votantes que ponen la atención en elementos nuevos: a saber, la influencia del liderazgo (Stokes 1966), la evaluación de la gestión de gobierno, el desempeño de los actores y partidos sobre los *issues* (Nie, Verba y Petrocik 1976) o la propia campaña electoral (Wattenberg 1991).

Esta velocidad de los cambios se incrementó a medida que la comunicación se hacía más global, a medida que la información llegaba más rápido a nuestros hogares, y que el acceso a la educación y a la comunicación se hacía más generalizado entre la población. Y al incrementarse, alteró completamente la política. De nada servían ya los programas electorales ni las promesas de largo alcance: los ciudadanos querían estar en la política del día a día, evaluar a los líderes todo el tiempo, y cambiar de opinión sobre ellos cuando les diera la gana.

La propia teoría de la democracia evolucionó para hacerla primero participativa, después deliberativa y finalmente inclusiva, tres nuevas dimensiones que dotaban de carga axiológica, de valores, a la formalidad de la democracia representativa de carácter meramente procedimental. La democracia dejaba así de ser un mero procedimiento, una forma de elegir y de contar, para referir valores, y son esos valores los que avanzan lo que hoy llamamos “calidad de la democracia”. Recientemente Hungría ha tenido conocimiento de lo que significaba la dimensión inclusiva de la democracia, y descubrió que para Europa no es considerado un país democrático si se mantiene al margen de los valores que contiene la democracia inclusiva.

La personalización de la política, irrefrenable desde los años 70, favoreció que los líderes alcanzaran mayor presencia que los partidos, pero también afectó a la propia personalización de los votantes, a su propia singularización. Hemos puesto mucha atención al incremento del impacto del liderazgo sobre el voto, que tanto le costó entender a la socialdemocracia europea, pero no hemos puesto la misma atención en la singularización de los votantes. También para ellos, el yo sustituyó al nosotros, o el nosotros se hizo cada vez menos amplio, con mayor tendencia a lo singular y, con ello, más fácilmente variable, cambiante.

Y nacieron el “No me representan”, el “Yo no firmé”, el “No en mi nombre” y todos esos movimientos que contrastan lo singular con lo colectivo. Es difícil mover grandes clavajes, pero es mucho más fácil mover *microtargets*, pequeños grupos, incluso individuos, cuya posición ya no depende de lo que son sino de lo que perciben.

El *marketing* político y la comunicación política se alimentan de esta transformación. Mientras los ciudadanos votan en función de lo que son —obreros, empresarios, ricos, pobres, jóvenes, mujeres, etc.—, en función de un supuesto interés objetivo, el comportamiento de los individuos aparece ligado al grupo que tiene su mismo interés. No hay espacio para una racionalidad ajena al interés común, de creación supuestamente colectiva.

— 92 — Pero cuando, en vez de votar por lo que son, empiezan a votar por lo que perciben, el interés colectivo desaparece y nos adentramos en el mundo de las preferencias. Yo voto lo que prefiero en función de lo que percibo y de cómo interpreto lo que percibo. Y este espacio de las percepciones no es solo cognitivo, también es afectivo.

Así se construye la matriz de nuestros días, una sociedad “microtarguetizada” que ha cambiado la visión de las grandes fracturas de bloques, clases, etnias..., para focalizarse en pequeños grupos que se alimentan y se construyen desde lo que perciben cada día, que se diferencian de los otros no por lo que son, sino por la forma de percibir y de interpretar esas percepciones. Somos una sociedad más dispersa, menos homogeneizada, que soporta el nivel de convivencia de heterogeneidad gracias al valor de la tolerancia.

Tolerancia; la misma palabra refiere nuestro modo de concebir este valor. *Tolerar* significa en su primera acepción de la RAE ‘llevar con paciencia’, y en la segunda, ‘permitir algo que no se tiene por lícito sin aprobarlo expresamente’. Ambas acepciones muestran claramente qué significa la tolerancia de los otros, de los diferentes, de la heterogeneidad social. Las sociedades democráticas, en su dispersión, alimentan su convivencia en la tolerancia; y en el momento que la tolerancia social baja, la sociedad entra en crisis.

Nadie mejor que Voltaire para explicar el valor de la tolerancia a la luz del racionalismo y del empirismo, al amparo de Descartes y Newton, construyendo este valor como la fuerza de la razón frente a lo absoluto y la barbarie. Y sin embargo nuestras sociedades se han hecho cada vez más intolerantes, más polarizadas, más confrontadas.

La incorporación a la sociedad digital, especialmente a través del uso masivo de las redes sociales, constituye el último momento del cambio de nuestras sociedades.

No soy de las que ve en las redes sociales el futuro de la política, pero tampoco soy de las que niega el cambio que han producido en los modelos de participación. En los numerosos estudios demoscópicos que hemos hecho en los últimos años en varios países latinoamericanos y europeos, el acceso a las redes sociales se mueve en parámetros del 60 % al 75 % según el país y el tipo de población. Los ciudadanos se están incorporando de manera masiva a la sociedad digital, y todo apunta a que la brecha digital se hará más pequeña en los próximos años, especialmente porque los mercados y las grandes compañías internacionales están muy interesados en ampliar la cobertura digital en el mundo.

El avance del mercado digital es innegable. La pandemia ha supuesto un desarrollo especial de las potencialidades de la digitalización, la educación y el teletrabajo, que acabará imponiéndose en el mundo.

Pero la gente está en las redes para lo que ellos quieren, y la política todavía no es una de sus preferencias cuando acceden al mundo digital. Solo el 35 % de los ciudadanos acude a las redes a informarse de política, y solo poco más de un 13 % acude a ellas a participar activamente de la política. Estos números bajan cuando nos alejamos de las campañas electorales o de momentos políticamente significados. Además, entre los medios que los ciudadanos tienen para informarse, las redes son las que ofrecen menos credibilidad y menos confianza. Y, sin embargo, en la actualidad son uno de los espacios más cuidados en las campañas políticas.

La razón es sencilla: la accesibilidad. No importa el impacto directo que las redes tengan sobre el voto; su importancia reside en una doble virtualidad. Por un lado, cualquiera tiene acceso a las redes —o, dicho de otro modo, todos somos emisores en las redes—; al mismo tiempo, además de su funcionamiento dialógico en la construcción de la información, las redes son prescriptoras para otros medios de comunicación. Lo que impacta en las redes accede a los medios clásicos de comunicación y retorna a la red con más fuerza.

Uno de los aspectos más tratados en relación con el estudio de las emociones en la ciencia política afecta a la comunicación y a la forma en que se consume y se procesa dicha información, sobre todo la que se obtiene de forma digital. Las emociones están más presentes en el consumo de información a través de las redes sociales: la ansiedad genera la búsqueda de información y la necesidad de aprendizaje, mientras que el enfado la inhibe; por otra parte, en relación con la participación, el entusiasmo incide directamente en el interés por el seguimiento de una campaña electoral (Marcus et al. 2019; Vasilopoulos et al. 2018). La relación entre información y emociones es de doble dirección: estas influyen en la búsqueda de noticias, a la vez que el acceso a la información actúa en la producción social de las emociones (McCarthy 1994).

Las redes inciden en la microtarguetización de la sociedad digital con la creación de comunidades digitales que homogenizan o transversalizan la propia microtarguetización de las sociedades tradicionales.

— 93 —

La personalización, la comunicación y la aparición de las redes sociales han incidido en el impacto de lo percibido sobre nuestro comportamiento político. Este depende cada vez más de lo que percibimos y menos de lo que somos, en un cambio progresivo, pues por más que ahora el impacto de las redes en la política sea limitado, cada vez será mayor.

Y a medida que las percepciones inciden más en el comportamiento político que las dimensiones estructurales tradicionales de la política, y que nuestras preferencias desbordan el alcance objetivo de los intereses, los componentes emocionales de la política vuelven a ganar espacio. Es ahí cuando el relato vence al programa, cuando el discurso vence a las políticas públicas, cuando los afectos desbordan las posiciones objetivas de la razón y se produce el llamado “giro afectivo” en el estudio de la política. Hoy no sería posible entender la política sin prestar atención al componente emocional, y aunque, como veíamos antes, siempre intuimos que dicho componente estaba ahí, ahora somos más conscientes del valor que adquiere para el análisis.

La importancia de comprender las emociones, tanto en las ciencias sociales como en la ciencia política, se nutre de las investigaciones y del conocimiento generado en disciplinas muy distintas como la neurociencia, la psicología, la filosofía y la teoría política a partir de principios de los 90. Algunos de estos trabajos encuentran inspiración en la obra de Spinoza, en su reivindicación de la estrecha relación entre cuerpo y mente para explicar la acción humana (Damasio 1994 y 2003), que deja en evidencia el error cometido por Descartes en su concepción racionalista del mundo. Para Bodei (1991), en Spinoza estaría la clave para entender, desde un punto de vista político, el antagonismo mantenido durante siglos entre razón y pasiones.

La necesidad de conocer cuál es la relación existente entre razón y emoción implica encontrar una definición para las *emociones* en la que se sustantive la diferencia con respecto a *sentimientos*, *afectos* y *pasiones*. Es el caso de autores como Solomon (1993), que establece una teoría subjetiva de las pasiones; de Damasio (2003), que las separa de los sentimientos; y de Dixon (2006), cuyo trabajo abarca y distingue los cuatro conceptos.

Desde esta perspectiva, no pretendemos plantear el problema de las emociones contra la razón. No pensamos en la razón como la parte positiva de la política y en las emociones como la parte negativa; muy al contrario, lo que aquí se propone es el reconocimiento de la política como un espacio para la razón emocionada, para dar cuenta de las diferentes dimensiones de la política. Apostamos por romper el dualismo razón-emoción, entendiendo la relación entre ambos elementos como complementaria, traducida en una suerte de “simbiosis explicativa” (Maiz 2010 y 2011) para la política y el comportamiento político.

Todos los que nos dedicamos a las campañas electorales sabemos bien que en ellas no solo se trata con hechos y argumentos, también intervienen las emociones. En el discutido estudio de Mercier y Sperber (2011) se pone de manifiesto el importante rol que juegan las emociones en la movilización y el *engagement*, lo que cuestiona la idea de que un ciudadano con un buen acceso a la información es capaz de entender la realidad en

la que vive y razonar sobre los problemas de la política. Para ambos autores, en la medida en que la función del razonamiento es producir argumentos, en el debate político la búsqueda de argumentos está orientada a apoyar una conclusión predeterminada, no a producir conocimiento. De este modo, la discusión tiende a reforzar la polarización de las opiniones más que una mutua comprensión o el avance del saber (Zhang y Clark 2019).

En otras palabras, el sesgo emocional es imprescindible en la construcción de los significados a través de los cuales aprehendemos nuestro entorno, también el político. Creo que las emociones solo desbordan a la razón cuando la política se presenta como una razón “desemocionada”, que no abarca los requerimientos de los ciudadanos y que provoca su desafección.

Me gustaría centrarme ahora en dos casos concretos para explicar qué tiene que ver lo anterior con las transiciones de administración. Me refiero al proceso de cambio de administración de Bolivia en el año 2019 y a las elecciones estadounidenses de 2020.

Estos casos acabaron de forma diferente, pero ambos fueron excepcionales y estuvieron muy alejados de los parámetros en que se han movido estas situaciones en tiempos precedentes. Además, los protagonistas de ambas excepcionalidades no fueron los líderes sino las ciudadanías.

He mencionado la importancia de las liturgias en la institucionalización de los comportamientos, especialmente para conducir aquellos momentos propicios a la incontinencia emocional. Los cambios de administración son uno de los momentos más institucionalizados en los protocolos de los Estados. No se trata solo de cambiar a un presidente, sino además de legitimar el nuevo Gobierno y el propio modelo democrático que ha dado origen al cambio. Porque la fuente de legitimidad del Gobierno es la ciudadanía, de ella emana todo el poder, y cuando se cuestiona el canal que produce esa legitimidad se está cuestionando al Gobierno y al régimen que lo produce.

Los dos casos que voy a presentar tienen en común el intento de deslegitimación del proceso. No obstante, en Bolivia se intentó deslegitimar la supuesta victoria del presidente saliente, mientras que en EE. UU. fueron los partidarios del presidente saliente, y él mismo, quienes deslegitaron la victoria del aspirante a la Casa Blanca.

Normalmente, los intentos de deslegitimación van siempre dirigidos a los Gobiernos salientes; en EE. UU., sin embargo, la formalización de las instituciones democráticas es tan fuerte que el mismo presidente saliente, desde la Casa Blanca, intentó deslegitimar el proceso para no aceptar la derrota. Esto es posible solo porque los propios ciudadanos norteamericanos están convencidos de la ajenidad de la Casa Blanca al proceso, algo que probablemente no pasaría en ningún país de América del Sur.

Empezaremos por exponer algunas claves para comprender el caso de Bolivia: las primeras serán de carácter contextual, las segundas estarán referidas a la propia competición electoral y un tercer grupo, a la movilización que produjo la caída de Evo Morales.

Entre las primeras quisiera destacar tres: el referéndum, la derrota en La Haya y la presencia de los comités cívicos ciudadanos:

1. Dos años antes de las elecciones de 2019, Evo Morales había perdido el referéndum para la reforma constitucional, que tenía por objeto la ampliación de mandatos del presidente y el vicepresidente. Sin duda, aquella derrota —o más exactamente el hecho de no aceptar el mandato popular de no volver a presentarse— alteró la confianza que el pueblo de Bolivia tenía depositada en el presidente.
2. La derrota de Bolivia en La Haya, en el litigio con Chile sobre el mar, resultó tan inesperada para unos ciudadanos que habían confiado absolutamente en la victoria anticipada por su presidente, que provocó otra fuerte fisura en su imagen.
3. La renacida fortaleza de los comités cívicos ciudadanos, organizaciones estamentales periféricas del sistema democrático, maximizaron el no del referéndum y, especialmente en Santa Cruz, los incendios de la Chiquitania para hacer valer su voz.

El segundo grupo de claves tiene que ver con el propio proceso electoral, y está referido al papel que jugaron las encuestas y la Organización de Estados Americanos (OEA) en la legitimación de la candidatura de Evo Morales, y al apagón del recuento:

1. La inmensa mayoría de las encuestas anticipaba la victoria de Evo en la primera vuelta y su incapacidad para ganar en la segunda, de haberla, especialmente si el candidato era Carlos Mesa. Esto hizo que la ciudadanía y los medios de comunicación pusieran toda su atención en la primera vuelta, especialmente en los feudos de la oposición, como Santa Cruz, que se volcó en el voto a Carlos Mesa, incluso abandonando al candidato del propio departamento, Oscar Ortiz.
2. La OEA —especialmente su presidente, Luis Almagro— había avalado la legitimidad de la presentación de Morales, hasta el punto de que Almagro estuvo presente en uno de los mítines de lanzamiento de la candidatura y no tuvo reparo en referenciar a los derechos humanos para justificar que Morales se saltase la Constitución y el referéndum vinculante que había perdido.
3. El recuento de los votos anticipaba la victoria de Evo Morales, pero también, por un ajustado margen, la dificultad para alcanzar la segunda vuelta. Cuando se llevaba contado el 83,76 % del padrón —con el 45,28 % de los votos para Evo Morales y el 38,16 % para Mesa; es decir, una diferencia de 7,87 puntos, lo cual significa una segunda vuelta—, el conteo se interrumpió por orden del Tribunal Supremo Electoral, lo cual generó la desconfianza del país. Cuando se volvió a activar, casi 24 horas después, el conteo se actualizó y la diferencia se había incrementado a 9,36 puntos: un punto y medio de variación que permitiría superar los diez necesarios para evitar la primera vuelta con la incorporación del censo en el extranjero. Ni la ciudadanía boliviana ni la OEA, incluido Almagro, creyeron en la limpieza del proceso.

Finalmente, quisiera apuntar un tercer grupo de claves que se produjeron durante la movilización popular, y que hacen referencia a la aparición de Camacho en escena, a la ausencia de los partidos y al papel de la OEA, la Policía, el Ejército y la Iglesia.

1. La aparición en escena de Luis Fernando Camacho, presidente del Comité Cívico Pro Santa Cruz, cambió el rumbo de los acontecimientos. Sin haber sido un actor político importante hasta ese momento, Camacho vio en la deslegitimación del resultado una oportunidad política única para convertirse en el líder de la ciudadanía boliviana, o cuando menos de la cruceña. Por ello, desde el Comité Cívico Pro Santa Cruz, dio comienzo al paro que detendría el país comenzando por Santa Cruz de la Sierra, el reducto más fuerte de la oposición.
2. Desde el principio, Camacho señaló el carácter cívico del paro y alejó a los partidos de su organización y liderazgo. Era la hora de la ciudadanía, y con ese toque populista de pueblo enfrentado a las élites ejerció su liderazgo, que fue creciendo a medida que el paro se extendía. Lo cierto es que tanto los partidos como los líderes políticos dejaron el campo libre a Camacho, convencidos de que el paro no triunfaría, y de que el Ejército y la Policía permanecerían al lado de Evo.
3. El tercer factor fundamental fue el informe de la OEA. El mismo Almagro que bailara en la presentación de Evo Morales como candidato emitía ahora un informe en el que destacaba las irregularidades del recuento.
4. Finalmente, destaco la rebelión policial, acompañada días más tarde por la del Ejército, que terminó con Evo Morales abandonando el país.

— 97 —

Podría contarles qué pasó después, pero lo más importante es observar cómo todos los estamentos del país, desde la ciudadanía hasta la Iglesia y los organismos internacionales, se unieron para deslegitimar un proceso electoral. Y lo esencial no es si se trató de una revuelta ciudadana o de un golpe de Estado —o de una mezcla de ambos conviviendo bajo un mismo epicentro—, sino cómo se produjeron las condiciones para que la deslegitimación afectara a todos estos espacios de poder.

Lo explicaré también en cinco puntos:

1. La confianza en el presidente estaba rota, incluso para sus adeptos. Más allá de los elementos de carácter cognitivo que el Gobierno pudiera transmitir sobre la limpieza del proceso, los lazos afectivos con Evo Morales estaban deteriorados y su credibilidad, puesta en entredicho.
2. El interrupción del escrutinio quebró una de las liturgias de la democracia: la transparencia de los recuentos, que deben ser accesibles a todos los ciudadanos. Es una liturgia tan poderosa que limita en todo el mundo el fácil recurso al voto electrónico, porque la democracia requiere que cualquier ciudadano pueda ser garante del resultado.

3. El mismo actor político que había dotado de legitimidad la elección, Luis Almagro, deslegitimó el resultado. La construcción de elementos cognitivos y afectivos que funcionó para presentar a Evo como un candidato legítimo servía ahora para construir el relato del fraude. Y a partir de ese momento, toda la ciudadanía boliviana creyó en el engaño, incluso las propias élites del partido de Morales, el Movimiento al Socialismo (MAS).
4. De ese contexto se nutrió el liderazgo populista y emocional de Luis Fernando Camacho. Camacho representó el paradigma básico del populismo: el pueblo contra las élites. Echar a Evo no fue la función de los partidos de oposición, sino de una revuelta popular y populista liderada al margen de la partidocracia. Todos los tópicos populistas, con el único error de que un “culito blanco” y acaudalado no puede representar a los oprimidos bolivianos.
5. La velocidad de la comunicación digital transversalizó los diferentes *targets*, que no responden a los mismos motivos ni al mismo liderazgo, pero sí a la misma acción. No todos eran seguidores de Camacho. Camacho monopolizó el espacio de la representación, pero lo que verdaderamente unía a todos los grupos que se movilizaron era echar a Evo Morales, echar al MAS. Y en la medida en que las redes sirven para la construcción de la movilización, alteran las emociones del país, transformando el miedo en enfado, estimulando la resistencia primero y la confrontación después. Nunca el país había soportado un paro tan grande, nadie esperaba que aquello se prolongase más allá de los primeros días, pero sin anclajes emocionales, cuando la OEA evacuó su informe, los propios sectores del MAS invitaron al presidente a marcharse. Evo no se fue porque triunfara una movilización o un golpe; no se fue porque el Ejército o la Policía lo abandonaran: se fue porque se sintió abandonado por su partido, y por eso ahora, una vez retornado, intenta controlarlo de la forma más nítida que le es posible.

— 98 —

Los elementos que acabo de referir muestran cómo la quiebra de las liturgias permite que las emociones desborden a la razón institucionalizada, especialmente cuando esa razón ha roto sus anclajes emocionales con la ciudadanía, generando desconfianza y permitiendo la canalización de otra arquitectura emocional frente a la razón desemocionada.

Es fácil que las emociones negativas se alíen en la destrucción de la razón desemocionada, pero no es fácil que construyan una nueva razón emocionada, especialmente porque esta necesita de elementos cognitivos que le den consistencia, además de los afectivos.

La mayoría de los fenómenos políticos que han caracterizado esta última década tienen enormes dificultades para construir una razón emocionada que les genere sostenibilidad. No hay más que mirar a los movimientos de indignados, a las revoluciones árabes, a los cambios en Latinoamérica o a la propia Bolivia, en la que dos años después retornó el MAS por la incapacidad para construir una alternativa que llegue a los ciudadanos.

Permítanme, para terminar, hacer dos comentarios sobre el acceso de Biden a la Casa Blanca.

EE. UU. nunca pensó que sus ciudadanos asaltarían el Capitolio para impedir la toma de posesión de un presidente. Para quienes recuerdan la razón de Estado que esgrimió Al Gore para admitir la victoria de George Bush en la elección presidencial de 2000 —en la cual la Corte Suprema refrendó por cinco votos a cuatro el recuento realizado en el estado de Florida, donde gobernaba el hermano de Bush—; para todos los que recuerdan aquel momento, el asalto al Capitolio resulta incomprensible.

¿Qué cambió entre un momento y otro? ¿Por qué Al Gore admitió una derrota en la que nadie creía y Trump no asumió la victoria de Biden cuando todos la daban por descontado? Porque Trump ya había quebrado todas las liturgias de racionalidad política establecida, y el asalto al Capitolio no era sino un paso más en aquella deconstrucción de la razón. Había construido un relato que generaba una cognición alternativa basada en el fraude del voto por correo, y esa cognición emocionada estaba por encima de cualquier realidad alternativa.

Al contrario que Morales, Trump no defendió su victoria en un momento de decadencia, es decir, bajo la emocionalidad negativa de su propio electorado; la defendió mientras incorporaba siete millones de votos más que en su anterior elección, con un electorado inmerso en emociones como el entusiasmo, que genera movilización, o el orgullo, fuente inquebrantable de la adhesión.

Siete nuevos millones de votantes de clases medias, cuando las políticas públicas de Trump han sido negativas para las clases medias; pero eso no importa, lo que importa es que el votante mediano sintió que Trump le devolvía orgullo y libertad para ser como él quisiera. De nada vale ya el interés objetivo de clase, solo cuentan las preferencias individuales.

Dicen que los obreros de las fábricas de coches de Chicago votaron a Trump, pero esa es solo una parte de la verdad. Lo cierto es quienes creyeron que los mexicanos venían a robarles el trabajo votaron a Trump, y los que no lo creyeron no lo votaron. Son las preferencias, idiota.

Y las preferencias se mueven en el relato, en las percepciones, y se alimentan de las emociones.

Los hombres también lloran; las emociones se han impuesto a la razón porque la razón se ha desemocionado. No se trata de matar a la razón, solo de reconocer su convivencia con las emociones. Y la razón emocionada será más fuerte.

A modo de conclusión, me gustaría destacar algunas de las ideas que recorren el texto y que me parece sintetizan parte de la explicación del momento que estamos viviendo.

En primer lugar, la idea de que nuestro conocimiento —también el político— es deudor de su tiempo. La ciencia política ha ido respondiendo en cada momento a los problemas de su sociedad, y lo ha hecho de acuerdo con la visión dominante de su contexto

histórico, dentro de los paradigmas científicos desarrollados hasta ese entonces, y casi siempre por detrás de los cambios sociales y políticos que se acaban imponiendo y que obligan, a su vez, al avance del conocimiento.

En segundo lugar, el triunfo del conocimiento racional y del método científico, que lleva al olvido de las emociones, de los afectos en la explicación de la realidad. Y en ese afán racionalista, a pesar de reconocer la presencia de componentes no racionales, el análisis político se centra en los elementos estáticos de la política. A través de la ciencia política tratamos de identificar aquello que da estabilidad a los sistemas políticos, aquello que explica la lealtad del votante, la identificación con el partido.

Con las grandes transformaciones sociales, económicas, culturales y políticas de la segunda mitad del siglo XX, el mundo cambió y ese cambio se hizo permanente. Y en la explicación politológica del cambio se hizo necesario volver a considerar la parte no racional del comportamiento, volver a las emociones como un elemento más que conforma las preferencias políticas de los ciudadanos, de los votantes. Es aquí donde aparece la tercera cuestión importante: cómo se produce el giro afectivo en el estudio de la política. La reciente proliferación de investigaciones sobre ese componente no racional en distintos campos de la ciencia política (la teoría política, el comportamiento político, la comunicación, el *marketing*...), así como en otras disciplinas (neurociencia, psicología, comunicación, filología...), muestra el creciente interés por analizar el papel de las emociones.

— 100 — Por último, en cuarto lugar, está la necesidad de un planteamiento analítico que integre razón y emoción. No es posible explicar muchos de los acontecimientos que tuvieron lugar en los últimos años en el mundo (la Primavera Árabe, el Brexit, el referéndum de paz en Colombia) sin acudir a una lectura emocional de la política, donde los afectos individuales se construyen de manera colectiva a medida que se van forjando los elementos racionales de la política: las políticas públicas y los programas electorales y de gobierno.

Proponemos, por tanto, desde un enfoque constructivista, analizar el papel de las emociones como un elemento más que interviene en la comprensión, la evaluación y la significación que hacemos de la política y de sus actores. La política no es solo el qué, es el cómo y, más explícitamente, el sentimiento del cómo; por eso, la política se construye y se autorreferencia emocionada, o simplemente no es política.

Referencias

- Almond, Gabriel, y Sidney Verba. 1989. *The Civic Culture: Political Attitudes and Democracy in Five Nations*. Newbury Park (CA), US: Sage. <https://bit.ly/3EXAe11>.
- Arias, Manuel. 2016. *La democracia sentimental: Política y emociones en el siglo XXI*. Barcelona: Página Indómita. <https://bit.ly/3CQx5Hk>.
- Bartolini, Stefano, y Peter Mair. 1990. *Identity, Competition and Electoral Availability: The Stabilisation of European Electorates, 1885-1985*. Cambridge (MA), US: Cambridge University Press. <https://bit.ly/3s9rMO9>.

- Bodei, Remo. 1991. *Geometria delle passioni. Paura, speranza e felicità: Filosofia e uso politico*. Milán: Feltrinelli. <https://bit.ly/3MluTGg>.
- Brody, Richard, y Lawrence Rothenberg. 1988. "The Instability of Partisanship: An Analysis of the 1980 Presidential Election". *British Journal of Political Science* 18 (4): 445-65. <https://doi.org/10.1017/S0007123400005214>.
- Campbell, Angus, Philip Converse, Warren Miller y Donald Stokes. 1960. *The American Voter*. Nueva York: Wiley. <https://bit.ly/3VGx4OF>.
- Damasio, Antonio. 1994. *Descartes' Error: Emotion, Reason, and the Human Brain*. Nueva York: Harper-Collins. <https://bit.ly/3MI0l7z>.
- . 2003. *Looking for Spinoza: Joy, Sorrow, and the Feeling Brain*. Nueva York: Harcourt. <https://bit.ly/3yWmOrT>.
- Dixon, Thomas. 2006. *From Passions to Emotions: The Creation of a Secular Psychological Category*. Cambridge (MA), US: Cambridge University Press. <https://bit.ly/3TzFHbP>.
- Fiorina, Morris. 1981. *Retrospective Voting in American National Elections*. New Haven (CT), US: Yale University Press. <https://bit.ly/3VAEKSB>.
- Franklin, Charles, y John Jackson. 1983. "The Dynamics of Party Identification". *The American Political Science Review* 77 (4): 957-73. <https://bit.ly/3CN0eUv>.
- Jackson, John. 1975. "Issues, Party Choices, and Presidential Votes". *American Journal of Political Science* 19 (2): 161-85. <https://doi.org/10.2307/2110431>.
- Lazarsfeld, Paul, Bernard Berelson y Hazel Gaudet. 1944. *The People's Choice: How the Voter Makes Up His Mind in a Presidential Campaign*. Nueva York: Duell, Sloan & Pearce. <https://bit.ly/3s8rBT1>.
- Lipset, Seymour, y Stein Rokkan, eds. 1967. *Party Systems and Voter Alignments: Cross-National Perspectives*. Nueva York: Free Press. <https://bit.ly/3SbGLS5>.
- Maiz, Ramón. 2010. "La hazaña de la razón: La exclusión fundacional de las emociones en la teoría política moderna". *Revista de Estudios Políticos* 149: 11-45. <https://bit.ly/2maCm8M>.
- . 2011. "The Political Mind and Its Other: Rethinking the Non-place of Passions in Modern Political Theory". En *Politics and Emotions: The Obama Phenomenon*, editado por Marcos Engelken-Jorge, Pedro Ibarra y Carmelo Moreno, 29-70. Berlín: VS Verlag. <https://bit.ly/3VIVCXm>.
- Marcus, George, Nicholas Valentino, Pavlos Vasilopoulos y Martial Foucault. 2019. "Applying the Theory of Affective Intelligence to Support for Authoritarian Policies and Parties". *Political Psychology* 40 (S1): 109-39. <https://doi.org/10.1111/pops.12571>.
- McCarthy, E. Doyle. 1994. "The Social Construction of Emotions: New Directions from Culture Theory". *Social Perspectives on Emotion* 2: 267-79. <https://bit.ly/3scfF2W>.
- Mercier, Hugo, y Dan Sperber. 2011. "Why do Humans Reason? Arguments for an Argumentative Theory". *Behavioral and Brain Sciences* 34 (2): 57-111. <https://bit.ly/3saCvaV>.

- Nie, Norman, Sidney Verba y John Petrocik. 1976. *The Changing American Voter*. Cambridge (MA), US: Harvard University Press. <https://bit.ly/3TASY41>.
- Page, Benjamin, y Calvin Jones. 1979. "Reciprocal Effects of Policy Preferences, Party Loyalties and the Vote". *American Political Science Review* 73 (4): 1071-89. <https://doi.org/10.2307/1953990>.
- Solomon, Robert. 1993. *The Passions: Emotions and the Meaning of Life*. Indianápolis (IN), US: Hackett. <https://bit.ly/3Tgp855>.
- Stokes, Donald. 1966. "Some Dynamic Elements of Contests for the Presidency". *American Political Science Review* 60 (1): 19-28. <https://doi.org/10.2307/1953803>.
- Vasilopoulos, Pavlos, George Marcus, Nicholas Valentino y Martial Foucault. 2018. "Fear, Anger, and Voting for the Far Right: Evidence from the November 13, 2015 Paris Terror Attacks". *Political Psychology* 40 (4): 679-704. <https://doi.org/10.1111/pops.12513>.
- Wattenberg, Martin. 1991. *The Rise of Candidate-Centered Politics: Presidential Elections of the 1980s*. Cambridge (MA), US: Harvard University Press. <https://bit.ly/3s8jZjo>.
- Zhang, Lei, y Carlton Clark, eds. 2019. *Affect, Emotion, and Rhetorical Persuasion in Mass Communication*. Nueva York: Routledge. <https://bit.ly/3DbpOD6>.